

LINAJES MUERTOS

LA FICCIÓN ARISTOCRÁTICA

El brillo de la Aristocracia, es como la encuadración lujosa de un libro sin ideas.

Benito Pérez Galdós.

Absurdo e inverosímil nos parece que existan todavía algunos viejos Tutankamen de los decrepitos «sistemas» que se resistan a creerlo, que pretendan escamotear puerilmente con desacreditadas artes de prestidigitador de barraca la autenticidad incontrovertible de un hecho consumado. El curso evolutivo de las presentes realidades que estamos viendo sucederse en la órbita política y social del mundo, no deja un ápice de duda a las afirmaciones que en este artículo se entran sobre la acción iconoclasta que ha barrido el énfasis pedante de los privilegios nobiliarios. Los destinos de la humanidad marchan por otros derroteros... La significación de la palabra «aristocracia», en el aspecto hereditario y plutocrático que ordinariamente se le asigna considerada como elemento del Poder—«gobierno de los mejores»—ha perdido en absoluto su eficacia, porque el rango aristocrático no le forman «los mejores» ni siquiera los medianos, sino aquellos caducos residuos, con muy honrosas excepciones, que asisten al espectáculo doloroso de la vida, desvanecidos por las «glorias» de su estrípe, desde las butacas de los casinos elegantes y desde la molición de sus automóviles lujosos.

Es preciso ser razonables, y no obstinarnos en desmentir lo indesmentible. La Aristocracia—triste suerte la suya!—como principio de gobierno, y hasta como clase social, no disfruta una preeminencia envidiable... Reconocámoslo imparcialmente y no nos indignemos demasiado al observar que en las postimerías de su influjo, en las fatales incompatibilidades de su espíritu con las modernas exigencias doctrinales de los tiempos, adopta un aire muy teatral de engrimiento, de vana suficiencia, como arma favorita de defensa... Todo ello son posturas ampulosas, gracias espezimos... Perdieron su pretérita «grandeza» los pergaminos archivados; el organismo aristocrático perece; no brillan sus escudos, no triunfan sus leyendas, no vence su fama, no suenan sus timbres... ¡Es el acabamiento irremediable, el fracaso, la muerte, que llega sin remedio...! Y al ver sus pergaminos deshojados, marchitas sus prerrogativas, esa pobre aristocracia esa mal llamada «nobleza»—ya que la nobleza no puede ser patrimonio de una casta—se revuelve convulsa en un supremo esfuerzo de impotencia.

De impotencia negativa y dolorosa, amarga e inútil, porque ya es nudo todo intento... El bélico conflicto que tan hondamente ha transformado el concierto mundial de las instituciones más sólidas, estableciendo moldes y principios no previstos, ha transformado ya no poco a la Sociedad y aun ha de transformarla en mayor grado. Muchos valores convencionales, muchas viejas rutinas, muchos ridículos fantasmas, han sucumbido y sucumbirán forzosamente... Los vientos innovadores de Europa vienen preñados de enseñanzas para los ambiciosos, para los «incrédulos» y para los soberbios. La lección ejemplar de Rusia—por encima de las duras diatri-

bas de sus muchos detractores—ha de ser para el porvenir como una lluvia fecundante, un poco anticuada, pero felizmente bienhechora...

La aristocracia, como forma de gobierno, era una consecuencia muy propia de los siglos bárbaros y oscuros, de aquellos siglos en que el látigo del tirano hacía abatir la frente del siervo de la gleba y el abolengo de raza constituía una ejecutoria para dominar a los pueblos. Y como clase social, en nuestros días, hállase reducida a un espectro de lejanas edades, a un ajado documento de vitrina, a una histórica sombra que se nutre de concepciones legendarias, inactuales, desusadas, y que merece solo admiración de gentes lacayunas... En las antiguas épocas, cuando el fulgor intelectual «no podía» ser una fuerza luminosa, era muy fácil imperar con el deslumbramiento del boato, de la fanfarria y del orgullo; en nuestra época, plena de sorpresas palpitantes, tienen mayor cotización los propios títulos que aquellos otros adquiridos por la bizarra catadura de los remotos ascendientes... La humanidad de ahora no se fascina con chirimboles o resortes nobiliarios; la humanidad de ahora, más despierta y más humana, más avisada y más sensible, tiene también su aristocracia y su nobleza, pero no una aristocracia de vínculo sanguíneo ni de «azulado» nacimiento, sino una aristocracia ideocrática y una nobleza del espíritu. ¿Quién sería el encanallado adulador que concibió la «mágica» patraña de las tonalidades azulesas...? Ni en las imaginaciones infantiles cabe a estas alturas milinanochesco prejuicio... Para nadie es un secreto; la sangre de los altivos «señores», la sangre fijoaldga se confundió, se cruzó, con la de los modestos bucelarios... ¡Se hizo la aristocracia villana!

De casi todas las hecatombes históricas tuvo la culpa la nobleza. Jamás apoyó otra causa que la suya propia; jamás compenetróse con el dolor de los oprimidos, de los humildes, de los explotados, y si en alguna ocasión les tendió la mano fué por egoísmo, por exclusiva conveniencia... Merced a ello, más tarde o más temprano, todos los ambientes se le declararon hostiles, de todas partes fué arrojada... Donde no la arrojaron los Monarcas la arrojó el pueblo; ella luchó contra los bravos Comuneros de Castilla, apoyando a Carlos V, para después merecer de este el desprecio y la vejación más humillante... La aristocracia de antaño, sin embargo, aunque fué siempre abominable, resultaba digna de respeto por la forma en que conquistaba sus prestigios; en franca lid, en arriesgadísima contienda, en pelea librada cuerpo a cuerpo, cara a cara, frente a frente... Era aquella una aristocracia que se alcanzaba por el arrojo, por el valor, por la audacia, y se perdía por el miedo, por la cobarde huida, por el estigma deshonoroso... Un traidor, un miserable, un mentecato, un tímido, no podía entonces ser noble... Los títulos se ganaban en el mismo campo de batalla, a costa de la sangre, y a ser preciso, de la vida... No podían

ser esos títulos un regalo de elevados personajes o una industria...

Pero la aristocracia posterior, ya transformada de guerrera en cortesana, ha multitud de lustros, es una sombra lánguida que pretende nutrirse de un heroico crédito agotado, es un vago fantasma sin realidad viviente, es un plantel de prisioneros del protocollismo ceremonioso, es una débil caricatura de la verdadera aristocracia, es una legión de paniaguados de casa y boca, es un viejo león sin melena y sin garras, es un árbol enfeco del que emigró la savia, es una colmena desierta, abandonada, con silencios de tumba y aquietamientos de pantano.

No obstante, y como casos de estimación extraordinaria, existen aristócratas de mérito, de positiva nobleza, de ponderado relieve, cuyo valor no sería justo negarles por la sola razón de su abolengo; pero ello nada significa en apoyo de su clase... «Cuando un aristócrata por herencia, como por ejemplo, Byron,—dice Max Nordau,— está especialmente dotado de genio, no por esto hace a su clase fértil en talentos, porque la más hermosa inteligencia de un país no se encuentra en la aristocracia hereditaria, que únicamente se eleva sobre el resto de su patria por las cualidades físicas»; en esa aristocracia arruinada que melancólicamente se afana por conservar sus oropetes a favor del préstamo con hipoteca; en esa aristocracia que, como afirma un eminente pensador, «tiene la enfermedad en el cerebro, su pensamiento es nulo y discurre como en el siglo XII»; en esa aristocracia desnaturalizada y empalidecida cuya sangre corre hoy por las venas de los jornaleros y de los aldeanos; en esa aristocracia que sacrifica aún sus «ideales» a las preocupaciones de la Edad Media; en esa aristocracia, en fin, que vegeta esterilmente ante la indiferencia popular más absoluta, cumplida la misión estricta que le impuso la Historia. Tal es la representación de la nobleza creada por diplomas, por títulos ajenos o por dinero propio...

Estas conclusiones que dejamos asentadas, propiamente a demostrar de una manera irrefutable la extinción de la preponderancia aristocrática. El reciente cambio político operado en Inglaterra, simboliza otro nuevo síntoma de las orientaciones que nos reserva un mañana muy próximo; al ocupar Ramsay Mac Donald el puesto de primer ministro, es indiscutible que las esencias liberales han ganado un paso de avance, sea cualquiera la «cantidad» de credo socialista que contenga el laborismo... Los altos sifiales del gobierno nacional son escalados hoy por los fueros de la virtud o la inteligencia, de la habilidad o de la astucia, del azar o la osadía—si quereis—, pero nunca por la «condición» aristocrática, por el «prestigio» de la alcurnia... El impulso plebeyo, la sangre roja—roja como el encendido zumo de las cepas que arraigaron en la costa del agro—es la única enseñanza de la nueva aurora que alumbra gentilmente a la generación actual y alumbrará las venideras... El por-

venir contra ciertas opiniones infundadas, ha de brotar de los talleres y del campo... Todo lo demás son ficciones, dolorosas ficciones... Entre ellas una de las apagadas e infecundas la ficción aristocrática, que se ha estrellado contra el tajar de las ideas opuestas a sus «obsesiones» medioevales...

Porque la cuna no es nada. La voluntad y la astucia son algo. ¡Y el cerebro lo es todo!

Manuel CAMACHO BENEYTES.

PAJARITAS DE PAPEL

Febreillo loco

Porque eres velable, y eres inconstante, y tiene tu cielo —falso o clemente— en cada momento distinto semblante, «Febreillo loco» te llama la gente.

Y yo reconozco que tiene razón, al decir que estás un poco «tocado»; sólo estando loco, tiene explicación, que tu clima sea tan desatinado.

Ya que a veces cambias en un mismo día, que amanece helado, triston y lluvioso, y después, el Sol muestra su alegría en el firmamento, radiante y hermoso,

Por si fuera poco inconciencia tal, para acreditarte como enajenado, en tus breves días, suele el Carnaval asomar su rostro ébrio y descarado.

Fiesta enervadora de sabor pagano, que a todos deleita con sus expansiones, en la que Amor reina, dueño y soberano, entre el torbellino de las libaciones.

Eres el más corto de los doce meses, pues aunque este año és un «estirón», en los sucesivos verás que decreces; que todos los años bisieptos no son.

Tienes importancia para el labrador, que todo lo espera de tu buen tempero, y según te portes —con dicha o dolor— colmado o vacío verá su granero.

Dicen que en tus días busca el «can», la «sombra», sin duda indicando que hace ya calor; si tal es la idea del refrán, me asombra; ¡porque eres un «fresco», de marca mayor!

Yo solo te pido, mes enajenado, que nos proporciones salud y venturas, que tengas un clima constante y templado y no nos jorobes con tus chifladuras!

TOMÁS ALMOJÓVAR.

CUENTO

Retorno doloroso

I
La Humanidad es un juguete del Amor...

¡El Amor...! Destroza los más nobles sentimientos; la amistad, el afecto fraterno y algo más grande y más hondo, como el cariño maternal...

Pero discurre el tiempo y la llama amorosa se extingue al hallar satisfecho el deseo de «posesión», y se desfilera y marcha la flor inmaterial del ensueño al sentir herido nuestro corazón por la «util» y aguada espina de los desengaños que, cual dolorosa carga, nos hacen transportar por los tortuosos caminos de la vida, hasta que, nuevamente, reposamos en los afectos que perdimos por una vana ilusión...

II
El teatro está esplendorosamente iluminado. La orquesta preludia un vals lánguido y sentimental. Al finar éste, oye el sonido de un timbre, y el público selecto y distinguido, invade la sala, acomodándose en los asientos.

A un movimiento del director, la orquesta, en un sonreír de acordes vívulos y sugestivos, inicia los compases de una danza morisca...

Levántase el telón... Y aparece una esbelta mujer ataviada con sedas; a su cuerpo—un cuerpo de diosa—da realce la negra cabellera que se desborda, destrenzada y brillante, sobre sus hombros. En sus labios se marca una sonrisa, iluminada por la profunda mirada que fluye de sus ojos negros...

Su cuerpo flexible, moviéndose en cadenciosos giros, imprime vida y expresión a la música, y al contemplarla, despierta en nuestras almas todo el pasado esplendoroso de las fiestas de Agar.

III
—¿Qué opinas de esta mujer, Emilio? —preguntó Juanito Luque a su amigo. —Me ha parecido muy bella, pero frívola. ¿Tendrá su alma la misma frivolidad? ¡Sería un lástima...! —Estoy temiéndolo que te haya fascinado con la hermosura... —¡Quizás...!—respondió Emilio, pensativo...

—¿Pero tú crees en el amor instintivo? ¿Será posible que un hombre de tus condiciones se enamore de una mujer a la que no conoce apenas? Seguramente es un capricho, o un embelleso producido por su arte...

—Se así... Quizás sea una ilusión, como tú opinas, pero, qué es el amor sino una fascinadora ilusión? Y una ilusión amorosa no se forja; nace en nuestro espíritu ignorando sus causas... El amor que inspira una mujer es casi siempre instintivo, casual... Una mujer nos hace amarla con una mirada, ya sea amable o desdenosa, con una sonrisa, ya indique amorosidad o indiferencia... Ha aquí como nace el amor; la ilusión...

Y si todas las pasiones se forjan al calor de una ilusión, ¿qué se opone a que yo ame a esa mujer ilusionado por su belleza o por su arte...?

—¡Estás loco! —Es posible, porque, ¿a qué megarlo?—la amo y el amor no es otra cosa que la más sublime de todas las locuras. ¡El raciocinio esclavizado al corazón...! ¡La voluntad sometida a una fuerza «natural», indestructible...

IV
Emilio Moncada vive ahora feliz al lado de Berta—que este es el nombre de la artista—mientras su pobre madre, en silencio, llora continua y amargamente la «pérdida», de su hijo, roída por la desesperanza de no ver más a aquel que tantos desvelos y cuidados le había costado en su adolescencia y tantas inquietudes le hizo pasar en su juventud.

V
Han pasado dos años... Vuelve Emilio, triste y desconsolado al regazo materno. Berta lo traicionó, entregándose a otro hombre, un viejo actor que a cambio de su cuerpo de «diosa» le ofreció un talonario de cheques...

Y cuando llega a su casa, cae de rodillas llorando al flaco, descarrado cuerpo de su madre, colmándola de lágrimas que demandan redención, y de besos que piden cariño; un cariño grande, noble. ¡El cariño de la madre...!

¡El único amor que no engaña!

RICARDO CHAÍN